



Universidad de
los Andes
25 años

DISCURSO ALEJANDRO LLANO CIFUENTES

LEER Y VIVIR

¿Cómo podría yo mostrar mi agradecimiento conmovido a la Universidad de los Andes, que me acaba de conceder un honor tan precioso que sinceramente no creo merecer? A estas alturas de la brega académica, mi única pasión y mi sola posesión son los libros que he leído o los que he escrito. Y de ellos -de los libros mismos, no de los míos- es de lo que os quiero hablar muy brevemente, como modesto homenaje de gratitud.

Decía el filósofo y científico francés Blas Pascal que todos los conflictos que acontecen en el mundo provienen de que los hombres no saben permanecer tranquilos en su aposento. Pero ¿qué podía hacer una persona en su habitación, allá por el siglo XVII, cuando Pascal escribía sus *Pensamientos*? Porque no disponían de televisión, ni de ordenador, ni de teléfono móvil. Sólo les cabía leer. La lectura tiene un efecto benéfico inmediato. Mientras se lee, no se molesta al prójimo, ni los poderosos le incordian a uno. Pero hay mucho más.

Que sea una actividad tranquila no se debe únicamente a que, mientras se lee en silencio, no se molesta a nadie, ni -con un poco de suerte- tampoco a uno le perturban. Además de no intranquilizar ni ser intranquilizado, leer nos aquieta, nos serena. Adoptamos una actitud contemplativa, en la que sólo nos interesa conocer lo que el autor dice, la teoría que expone, la historia que relata, la emoción que expresa. Si alguien llega a casa agitado de su trabajo, una de las mejores maneras de calmar el ánimo es tomar un libro entre las manos y dejar que la vista recorra las líneas impresas. Poco a poco el texto reclama

nuestra atención, y ya no pensamos en nuestras cuitas, sino que nos incorporamos a la corriente narrativa, que es como un río que nos lleva. Y vivimos las vidas de los protagonistas del relato, dirigimos los ojos a la realidad con el autor del ensayo o vibramos con las intuiciones del poema. Como dice el poeta Pedro Salinas: “Leer es vivirse reviviendo”.

Esta forma de “dejar ser” a algo que nos supera y nos envuelve implica una postura benevolente, una salida de la subjetividad, para identificarnos con las cosas mismas, con los personajes que adquieren vida en el libro que leemos. Ha cesado toda motivación egocéntrica. Cuando de niñas o de niños devorábamos un relato de aventuras, nos metíamos en la piel del héroe y corríamos con él toda suerte de peligros. Después nos aficionamos a las novelas policíacas, y la indagación de quién había sido el autor del crimen nos mantenía en vilo hasta que llegábamos a la desvelación del enigma. Si leíamos un libro de viajes por paisajes remotos, era aquello mismo -el Polo Sur o las selvas amazónicas- lo que nos atraía.

La lectura es desinteresada y libre. “La atmósfera de esta amistad -escribe Marcel Proust- es el silencio, más puro que la palabra (...). Además, el silencio no lleva (...) la marca de nuestros defectos, de nuestros fingimientos (...) Entre el pensamiento del autor y el nuestro no interpone esos elementos irreductibles, refractarios el pensamiento, de nuestros diferentes egoísmos. El lenguaje mismo del libro es (...) transparente merced al pensamiento del autor que lo ha aligerado de todo lo accesorio hasta conseguir una imagen fiel. Es la más noble y ennoblecedora de las distracciones, ya que únicamente la lectura y la sabiduría proporcionan los buenos modales de la inteligencia”.

Todos los mundos posibles se dan cita ante el lector. Quienes adquirieron en la infancia o en la juventud un amor a los libros que les acompañará hasta la ancianidad, son personas que viven muchas vidas. Expanden y enriquecen la suya al entreverarla con la de otros. Su inteligencia crece, su imaginación se agranda. Se pasean por los vericuetos de la historia,

por los laberintos de la ciencia, por las maravillas de la fantasía. Tienen una mente educada que les torna capaces de plantearse alternativas inéditas y recorrer sendas inexploradas.

Gracias a esos objetos materialmente mínimos que son los libros, el lector elige sus interlocutores entre las cabezas más lúcida y sensibles de la humanidad. En algo tan pequeño, cuántas ideas encontrarás, cuántas vivencias podrás incorporar, qué placeres más limpios y fuertes le están reservados.

Los mejores libros son aquellos cuya lectura nos capacita para entenderlos. Al pasar atentamente, amorosamente, por las páginas de un buen libro, es el libro el que pasa por nosotros. Y allí, en el hondón del alma, deja su huella. Es un légamo fecundo, que acrece y potencia la propia vida. Y el libro que cumple mejor todas estas condiciones es, sin duda, la Biblia. En la Universidad de los Andes tenéis la fortuna de que tanto su inspirador, San Josemaría Escrivá, como su Rector Honorario, dentro de poco el Beato Álvaro del Portillo, hayan sido hombres sabios y santos. De ellos habéis aprendido el valor incomparable de las grandes obras de la tradición de la Iglesia Católica. Os han enseñado, con gestos y palabras, a meteros en la Sagrada Escritura como un personaje más. Y habéis tenido muy presente lo que decía Carlyle “Una Universidad es una buena biblioteca”.

La Lectura y la vida no se oponen entre sí. Escuchamos a veces la llamada de atención del hombre pragmático: ¡Ya está bien de leer, es hora de vivir! Como si el ejercicio de las más altas facultades de la mente no fuera la forma más alta de vida: esa que Aristóteles llamó “vida teórica”. La verdad es que el pensamiento y la imaginación nos revelan un horizonte de fulgores insospechados y sorprendentes. Mientras que la pura vitalidad es mera agitación, sometida al principio de inercia.

Una educación que prescindiera de los libros, y todo lo fíe a las nuevas tecnologías y al activismo, es una mala educación. Frente al riesgo de una instrucción postliteraria, al

observar que la afición a la lectura desciende alarmantemente entre los jóvenes, es preciso difundir con toda el alma el amor a los libros. Porque los libros son el cauce ordinario y común de la vida del espíritu.

Donde está la libertad, allí están los libros. No olvidemos que todas las formas de totalitarismo han tratado de suprimir la afición a la lectura, según anunciaron autores tan lúcidos como Huxley y Orwell; o la han reducido a una sola posibilidad, como sucedió con la imposición en China de “el” libro rojo de Mao. Mientras nos quede la palabra, habrá al menos un rescoldo de libertad. El mejor antídoto contra la violencia es la pasión por la lectura.

¿Hay placer más sereno y enriquecedor que ir desgranando las palabras de un libro, adentrarse en su argumentación, dejarse llevar por su trama, enriquecerse con la belleza de su lenguaje? Sin embargo, son pocos los que gastan diariamente algo de su tiempo en la aventura de dialogar con amigos callados que nos cuentan una historia, nos exponen sus pensamientos o ayudan a encaminar nuestra vida por una senda prometedora.

No me creo las estadísticas oficiales que, contra toda evidencia, nos aseguran que leemos ahora más que hace unos años. Quizá son más los que leen, pero esos que leen, no leen más que los que antes leían. Si se miran las listas de los más vendidos, o expositores de alguna gran superficie, se le cae a uno el alma a los pies: pesados guisos medievalizantes, triviales y engañosos manuales de autoayuda, explosivas mezclas de sangre y sexo, revelaciones sin interés ni fundamento sobre algún personaje de la farándula o del foro público, que viene a ser lo mismo. Pero, ¿qué más da? Nunca han sido muchos los lectores de veras. Los primeros de todos son los niños y las niñas que, tumbados en el suelo, leen un libraco de aventuras como si les fuera en ello la vida, y se llevan un disgusto cuando su madre les avisa de que ya es la hora de comer. Después está la anciana o el viejo que recuperan ahora, al solecito, el tiempo que gastaron durante largos años de trabajo duro. Y los que sacan el jugo a la hora y media de ida y vuelta diaria en el tren o en el autobús. Y

quienes tienen la suerte de que hayan puesto cerca de su casa la nueva biblioteca del barrio, y se aprovechan.

Los lectores forman una galaxia que mantiene este mundo encendido con millones de lucecitas con las que se alumbran entre sí los que leen y los que escriben. Leer es más difícil que escribir. Leer bien es lo más difícil de todo, y lo mejor. Se entiende que Borges estuviera más orgulloso de los libros que había leído que de los que había escrito. Quienes leen tienen su alma a buen recaudo. Cuando oyen repetir tópicos sin sustancia a políticos, mercaderes, pregoneros y, en general, gentes de mal decir, se comportan como el que oye llover. Es un ruido de fondo que siempre ha habido y que ni se entiende ni se atiende. ¡Que hablen ellos...! Lectoras y lectores, ¡a los libros! Hoy por hoy es, casi, la única salvaguarda frente a la manipulación y la vulgaridad que nos rodea.

El libro tiene todas las ventajas: su uso es totalmente libre, no pretende apabullar a nadie, invita sin obligar, puede ser sustituido sin celos y, además, es barato. Representa, dicen ahora los tecnócratas con su prosa salvaje, un valor-refugio contra la crisis. Aunque el buen lector sabe la causa profunda de la crisis estriba en que demasiada gente ha dejado de leer y ha buscado satisfacer su fantasía con delirios de consumo y juegos de azar. Los hispano-hablantes deberíamos entender lo que está pasando, porque nuestra obra clásica por excelencia es la historia de un lector empedernido, quien los libros enseñaron que lo importante es la honra limpiamente ganada, y no el dinero o el poder, de origen generalmente sospechoso. El Quijote es además la historia de una conversión. Porque, al final de la jornada, el Hidalgo acaba dándose cuenta de que lo importante de los libros no es tanto la fantasía como la verdad.

Quien más quien menos, todos somos hoy día unos obsesionados con aficiones y manías. Como yo soy un obsesionado de los libros, un *letraherido*, que dicen los pedantes, invito a todos los que escuchan a que adquieran precisamente la manía de leer: que se

despreocupen de todo lo demás (que es irreal) para abocarse a los libros, donde se encuentra la verdadera realidad.

La experiencia enseña que leer -como el vivir- no requiere un tiempo extra. Probablemente, las personas que más leen son, justo, las más ocupadas. La multiplicidad de sus tareas -incluso el agobio que amenaza con acogotarles- está pidiendo a gritos momentos de sosiego en los que no se actúe ni se hable, sino que se viva un silencio activo donde se escuche la voz callada de los textos. Quienes esperan no tener ocupaciones para dedicarse a la lectura, acaban por perder el tiempo cuando cesan las urgencias. En cambio, a fuerza de familiarizarse con los libros, se necesita sin falta su compañía, y uno acaba por hacer carne de su carne esa cualidad invisible, que dignifica y eleva, y que consiste en *ser lector*. Vivo, luego leo. O, lo que es igual: leo porque estoy vivo.

Santiago, 4 de junio de 2014.